

















































































*La muchacha se incorpora y le da la mano al ahora dulzón INQUISIDOR, luego se aleja caminando con pasos sin rumbo. Al pasar frente a los aún esperan de la sala de la desesperación, repentinamente se detiene.*

ELLA. Ahora puedo decir que he conocido a un ángel. ¡Ojalá que ustedes puedan decir lo mismo también alguna vez! ¡Good bye!<sup>1</sup>

*Todos miran a la muchacha sin entender la razón de su alegría y contestan desabridamente con una señal de despedida.*

---

<sup>1</sup> Recientemente la oficina de inmigración de los Estados Unidos ha cambiado el color de la tarjeta de inmigrante, de verde a rosado.

*Los enemigos, Tragedia en tres actos brevísimos  
de Jaromir Hladík (1908-1939)*

— *La muerte borgeana* —

A Jorge Luis Borges, autor de *El milagro secreto*,  
cuento vinculado al presente *In memoriam*

*Dramatis Personæ*

Barón de Roemerstadt  
Julia de Weidenau  
Jaroslav Kubin —mismo actor de Barón de Roemerstadt—  
Jaromir Hladík, autor de la tragedia  
Un Hombre

Lugar: Biblioteca del castillo de Roemerstadt, en Hradcany, cerca de Praga.  
Tiempo: La última tarde del siglo XIX

Esta obra observa las unidades clásicas de acción, lugar y tiempo.

**ACTO PRIMERO**

**Escena primera**

*Biblioteca del castillo de Roemerstadt. Muebles estilo imperio: un escritorio con aplicaciones de bronce, un candil de prismas ilumina la escena, un reloj antiguo que al abrir la obra toca las siete con sonoras campanadas. Anaqueles con multitud de libros cubren las paredes. El BARÓN revisa papeles sentado en el escritorio. Una gran puerta comunica a los interiores del palacio; otra une la biblioteca con una soleada terraza. El BARÓN se levanta, se dirige a la puerta primera y la abre.*

*BARÓN.*— Puede pasar.

*HOMBRE.*— Gracias.

*BARÓN.*— Tome asiento, por favor (*Ambos se sientan*).

*HOMBRE.*— Barón de Roemerstadt, vengo a proponerle que se suicide.

*BARÓN.*— ¿Suicidarme? ¿Tengo acaso alguna razón?

*HOMBRE.*— Yo necesito un muerto.

*BARÓN.*— ¿Por qué no se suicida usted?

*HOMBRE.*— Lo he pensado, pero necesito que el muerto sea usted. Soy un escritor y tengo una obra inconclusa. Necesito terminarla. ¿Recuerda a Jaromir Hladík?

*BARÓN.*—(Con miedo.) ¿Lo conoce?

*HOMBRE.*—Aún no del todo. Necesito salvarlo y no encuentro otro camino. Él está enfermo, su mente no razona con claridad y su alma sufre una gran congoja.

*BARÓN.*—Y, ¿por qué no se suicida él?

*HOMBRE.*—Exactamente es lo que pretendo, pero no se va suicidar hasta que no se entere que usted está muerto.

*BARÓN.*—No lo entiendo.

*HOMBRE.*—Es un paradoja. Jaroslav Kubin estuvo enamorado de madame Weidenau. Ella lo rechazó por preferirle a usted. Desde entonces Kubin se sumió en la mayor de las locuras. Su mente hizo un juego, una transposición. Él cree que es el Barón de Roemerstadt, y que Julia de Weidenau lo ha preferido. ¿Me entiende? Él cree que es usted.

*BARÓN.*—Está loco.

*HOMBRE.*—¿Qué le pasaría a usted si madame Weidenau se fuera de su lado?

*BARÓN.*—Me trastornaría.

*HOMBRE.*—Pues él cree que ella lo ha abandonado, porque ya nunca la ve. Si usted se suicida, Kubin podría seguir su ejemplo, y el círculo enfermo y vicioso de su locura sería roto.

*BARÓN.*—¿Quién es usted?

*HOMBRE.*—Soy un escritor que está terminando un drama inconcluso. (*Se pone de pie.*) Piénselo, Barón, necesito que se suicide, se lo sugiero como colaborador, aunque podría obligarlo, como autor. Son las siete de la tarde, le doy cinco horas para tomar la decisión. No podría darle más tiempo porque el drama perdería las unidades clásicas de tiempo, espacio y tema. (*Inicia mutis.*) Qué tenga usted buenas tardes, en la última tarde del siglo XIX. (*Hace mutis con resolución.*)

*BARÓN.*—Lo pensaré... si no queda otro remedio.

## Escena segunda

*Por la puerta de la terraza entra JULIA. Es una bella muchacha fin de siècle. Viste con gran gusto.*

*JULIA.*—¿Qué quería ese hombre?

*BARÓN.*—¿Lo conoces?

*JULIA.*—Al verlo sentí un *deja vu*, como si lo hubiera visto antes.

*BARÓN.*—Vino a hablarme de Kubin.

*JULIA.*—¿Por qué a ti?

*BARÓN.*—¿Lo has vuelto a ver?

*JULIA.*—No me riñas, lo vi algunas veces hace unas semanas. Ha estado muy enfermo.

*BARÓN.*—¿Sabías que se cree el Barón de Roemerstadt?

*JULIA.*—Sí, es parte de su locura.

*BARÓN.*—Cuando lo has visto, ¿has simulado que él es el Barón?

*JULIA.*—Yo lo contradije varias veces, pero no me escuchó, por lo que acabé jugando a esa mentira.

*BARÓN.*—Tu juego puede costarme la vida. ¡El hombre que acaba de salir vino a pedir mi suicidio!

*JULIA.*—(*Lo besa en la boca.*) Olvida esos juegos. (*Lo acaricia.*) Yo no juego así con el falso Barón. ¿Quién era ese hombre?

*BARÓN.*—(*Con gran temor.*) ¡Es el Autor! (*JULIA queda estupefacta.*)

### **Fin del acto primero**

### **ACTO SEGUNDO**

*Sanatorio psiquiátrico de Praga. Jaroslav Kubin es un paciente que se cree el Barón de Roemerstadt, por lo que revive en su visión demencial el palacio. Se utilizará el mismo decorado del acto primero. Jaroslav Kubin está sentado en el escritorio viendo papeles. Suenan la siete en el reloj. Se levanta, se dirige a la puerta que comunica con la antesala del palacio y la abre.*

*KUBIN.*— Puede pasar.

*HLADÍK.*— Gracias.

*KUBIN.*— Tome asiento, por favor. (*Ambos se sientan.*)



HLADÍK.— Jaroslav Kubin, vengo a proponerle que se suicide.

KUBIN.— Yo soy el Barón de Roemerstadt, el loco está en el manicomio.

HLADÍK.— Ésta es la clínica psiquiátrica. ¿No percibe el olor a hospital? (*Señala al público.*) ¿No ve a los otros pacientes?

KUBIN.— ¿Por qué me quiere jugar esta broma? Éste es el palacio de Roemerstadt. Mis antepasados lo fundaron en el siglo XIV.

HLADÍK.— No, estamos en un sanatorio psiquiátrico.

KUBIN.— (*Se pone de pie y toma una silla.*) Mire esta silla, vale una fortuna, en ella se han sentado varios reyes.

HLADÍK.— Es una silla metálica pintada de blanco hospital.

KUBIN.— (*Mira hacia la puerta que comunica con la terraza.*) Y ahora va decirme que Julia de Weidenau es una enfermera. (*JULIA ha entrado sonriente, viste como en el acto primero.*)

JULIA.— ¿Importuno?

KUBIN.— No, al contrario, me ayudarás a esclarecer la verdad del lugar en dónde estamos. ¿Es éste un manicomio o el castillo de Roemerstadt?

JULIA.— (*Ríe maravillosamente.*) Primero preséntame al señor.

KUBIN.— Julia de Weidenau, mi musa... Un escritor.

JULIA.— ¿Un escritor sin nombre?

HLADÍK.— Sin nombre como muchos. Me permite decirle que usted es de verdad hermosa.

JULIA.— Gracias.

KUBIN.— Ahora contesta mi pregunta, ¿dónde estamos?

JULIA.— (*En tono grave.*) En un hospital... ¿no lo recuerdas? En un hospital de Suiza.

HLADÍK.— Eso no puede ser, madame, si cambia usted la escena a Suiza, mi obra perderá la unidad de espacio. Tiene que ser el castillo de Roemerstadt.

JULIA.— Perdón, pensé en el espacio real, no en el teatral. De todas maneras las unidades están perdidas. El Barón ha tenido que salir a pacificar una revuelta, y mató a un conspirador.

KUBIN.— ¿Lo maté yo?

*JULIA.*— No lo niegues. La policía estará de tu lado.

*KUBIN.*— ¡Ah, claro, ahora lo recuerdo! Fue uno de esos maleantes de las minas, un obrero revoltoso.

*HLADÍK.*— ¿Lo conocía?

*KUBIN.*— La vida es como un ajedrez. Hacemos jugadas, ganamos o perdemos. Yo no lo maté, simplemente hice jaque mate a un peón contrario. (*JULIA ríe.*)

*HLADÍK.*— (*Impaciente.*) El tiempo pasa y no llegamos a nada, pero yo tengo el presentimiento que alguno va a morir.

*JULIA.*— Ya murió el conspirador. Usted huele la muerte a posteriori.

*HLADÍK.*— No, aún me queda una vaga inquietud, como una premonición.

*JULIA.*— (*A Kubin.*) Es hora de dormir. Te traigo unas pastillas. (*Sirve agua y le da las pastillas con manierismos profesionales de enfermera. Sirve otro vaso y se lo ofrece a Hladík*) ¿Quiere usted también dormir?

*HLADÍK.*— No, no quiero dormir. Necesito veinticuatro horas de vigilia para crear. Necesito terminar una tragedia inconclusa: *Los enemigos*, de Jaromir Hladík.

*JULIA.*— ¿Ese es su nombre?

*HLADÍK.*— (*Duda por un instante.*) No, es el nombre de un personaje al que Dios le hizo *el milagro secreto*.

*JULIA.*— ¿Cree usted en Dios?

*HLADÍK.*— La única forma de demostrar la existencia de Dios es jugándole un partido de ajedrez, y ganándoselo. ¡Jaque a Dios!

*JULIA.*— No lo entiendo.

*HLADÍK.*— Dios es el rey, la Virgen es la reina, el Alfil sigue siendo obispo, los caballos son arcángeles y las torres son tumbas.

*JULIA.*— ¿Y los peones...? (*Ríe.*)

*HLADÍK.*— Angelitos o monaguillos.

*Se oye gritos de muchedumbre a las afueras del castillo.*

*JULIA.*— (*Corriendo a la ventana de la terraza.*) ¡Son los mineros! Se han amotinado. ¿Qué hacemos?

*KUBIN.*— Salgamos del castillo. Huyamos mientras intentan saltar la muralla del jardín. (*JULIA y KUBIN se dirigen a la puerta de salida. Hladík no se mueve de su lugar.*)  
¡Síguenos! ¡Si lo encuentran aquí, lo van a matar!

*HLADÍK.*— (*Muy calmado.*) Algo me dice que ya no puedo correr más. Me siento repentinamente cansado. Tengo que esperar aquí mi destino. Vayan sin mí... nada me pasará.

*JULIA y KUBIN hacen mutis, mientras HLADÍK se sienta en el escritorio y hojea papeles. Oscuro paulatino mientras los gritos de la multitud aumentan.*

### Fin del acto segundo

### ACTO TERCERO

*Mismo decorado. El HOMBRE revisa papeles. Se levanta, se dirige a la puerta que comunica con la antesala del palacio y la abre.*

*HOMBRE.*— Puede pasar.

*BARÓN.*— Gracias.

*HOMBRE.*— Tome asiento, por favor. (*Ambos se sientan.*)

*BARÓN.*— Jorge Luis Borges, vengo a proponerle que se suicide.

*HOMBRE.*— Alguna vez lo he pensado, hasta jugué con un amigo a hacerlo,<sup>2</sup> pero perdí interés en ese juego.

*BARÓN.*— Pero ahora las cosas han cambiado.

*HOMBRE.*— ¿Por qué?

*BARÓN.*— Porque ésta es su última oportunidad de suicidarse. Al final todos los humanos terminarían por suicidarse si la muerte natural no les llegara antes. Como usted diría, siempre todos pierden al ajedrez vital. Agotarse poco a poco en la vejez es el suicidio más lento, pero más inexorable.

*HOMBRE.*— (*Con ira.*) ¡Usted no puede hablarme en esa forma! Usted es el Barón de Roemerstadt, un personaje de una obra de teatro que yo menciono en uno de mis cuentos.

*BARÓN.*— Yo no soy el Barón, soy el loco Kubin.

---

<sup>2</sup> Ver Jorge Luis Borges, *El hacedor: Diálogo sobre diálogo*. Conversación con Macedonio Fernández.

*HOMBRE.*— Usted mismo se delata. El loco Kubin, como lo llama, cree que es usted, por lo que sólo usted podría dar esa respuesta. Sé que estoy con el Barón, y que estamos en el castillo de Roemerstadt. Y yo tengo aún que resolver el tercer acto.

*BARÓN.*— No. Todos estamos en su mente, y este espacio es un hospital.

*HOMBRE.*— Mire esta silla (*Ahora es metálica y blanca.*) ¿Y el escritorio? ¿Y la terraza? (*El espacio se ha transformado en un hospital.*) ¿Y la otra puerta? (*El HOMBRE queda perplejo.*)

*BARÓN.*— (*Con mucha calma.*) En esta habitación sólo hay una puerta. Ábrala y se dará cuenta por sus propios ojos, bueno... más luz afuera no pudiera haber.

*HOMBRE.*— (*Camina como el anciano que es hacia la puerta. La abre, observa un instante el exterior y la cierra con pavor.*) ¡Es un pasillo y enfrente hay otra puerta con un número!

*BARÓN.*— ¿Qué número leyó?

*HOMBRE.*— (*Con gran miedo.*) El seis.

*BARÓN.*— Este es el cuarto número siete, del hospital de Berna, en Suiza. Y usted está enfermo.

*La puerta se abre sorpresivamente y aparece JULIA vestida de enfermera.*

*JULIA.*— ¿Cómo está el paciente, doctor?

*BARÓN.*— (*Poniéndose una bata blanca que le ofrece JULIA.*) No creo que pase la noche. (*JULIA le suplica que baje el volumen de voz.*) No se preocupe, no puede oírnos... así como un día no pudo vernos. (*Entre los dos profesionales visten al moribundo y lo acuestan en una cama de hospital.*)

*JULIA.*— Afuera está su esposa. Los periodistas la importunan demasiado.

*BARÓN.*— ¡Qué tontería casarse a estas edades!

*La enfermera y el doctor salen en silencio.*

### Escena segunda

*HOMBRE.*— (*Se sienta intempestivamente en la cama y se cruza de brazos.*) Esto no puede ser.

*HLADÍK.*— (*Apareciendo de debajo de la cama.*) Te esté sucediendo a ti, lo que me pasó a mí.

*HOMBRE.*— (*Con naturalidad.*) No creo que sea lo mismo.

HLADÍK.— ¡Claro que sí lo es!... Yo tampoco quería morir.

HOMBRE.— ¿Tienes mujer e hijos?

HLADÍK.— Nunca tuve a nadie. Fui uno de tantos judíos asesinados... sólo que yo escritor.

HOMBRE.— ¿Qué escribiste?

HLADÍK.— Un libro que titulé *Vindicación de la eternidad*.

HOMBRE.— No sé porqué me parece conocido el título.

HLADÍK.— Y una tragedia inconclusa, *Los enemigos*.

HOMBRE.— No, esa la escribí yo.

HLADÍK.— No, Dios me hizo el milagro de darme un año para terminarla.

HOMBRE.— ¡Eso no es cierto!

HLADÍK.— ¡Sí lo es! La tengo toda de memoria, está escrita en hexámetros. Necesito pasarla al papel. ¡Dios hizo que tu mente viera la obra, pero tú no hiciste con mi vida una pieza teatral, sino un cuento! ¡Y ahora ya no hay tiempo de que la escribas! Pero Dios me hizo el milagro. Él me dijo: “El tiempo de tu labor ha sido otorgado.”

HOMBRE.— *(Con desesperación borgeana.)* ¿Y todos mis libros, mis queridos libros ciegos? ¡Todo está inacabado! ¡Yo también pido un año para terminar mi obra!

HLADÍK.— *(Sibílico.)* Repite conmigo. *(Acelera el diálogo.)* Si de algún modo existo... *(Cada una de las palabras es repetida por el HOMBRE.)* Si no soy una de tus repeticiones o de tus erratas, existo como autor... Requiero un año más, otórgame esos días, Tú de quien son los siglos y el tiempo.

*Se escucha una descarga. El HOMBRE se siente herido y cae. HLADÍK no lo ayuda. Agónico el HOMBRE parece mirar escenas y personajes, y sentir emociones extremas. Se incorpora un poco y permanece tambaleante. Mientras HLADÍK mira la escena extasiado.*

HLADÍK.— ¡Está terminando su obra!... ¡Está viéndola! ¡Su novela total; *El laberinto de los laberintos!*... *(Su rostro se ilumina con un descubrimiento.)* ¡La literatura visionaria!... ¡Eso va a ser... la literatura... al final de los tiempos!

*El HOMBRE cae muerto. La enfermera y el doctor entran precipitadamente. Actúan con gran profesionalismo médico. No pueden ver a HLADÍK, quien observa cada movimiento sin salir de su estupor anterior.*

DOCTOR.— Pronto, jeringa. *(Le pone una inyección en el corazón y le da masaje. La enfermera le toma el pulso. Se miran nerviosos.)*

*HLADÍK.*— *(El doctor y la enfermera no pueden escuchar este diálogo.) ¡La mente se ha separado del cuerpo! ¡Por fin podrás terminar tus obras inconclusas y crear hasta el final de la eternidad!*

*DOCTOR.*— Jorge Luis Borges ha muerto.

*ENFERMERA.*— María Kodama, su esposa, lo echará de menos.

*DOCTOR.*— Y el mundo también.

*Los dos profesionales de la medicina se miran abatidos. Hacen mutis en silencio. Cuando ya han salido, HLADÍK se acerca al cadáver y lo toca.*

*HLADÍK.*— Pss... pss... Jorge Luis, ¿me escuchas?

*BORGES.*—*(Se incorpora con agilidad juvenil, sus ojos ahora ven con plenitud.) ¡Te escucho y te puedo ver! (Sonríe como nunca lo hizo en su vida.)*

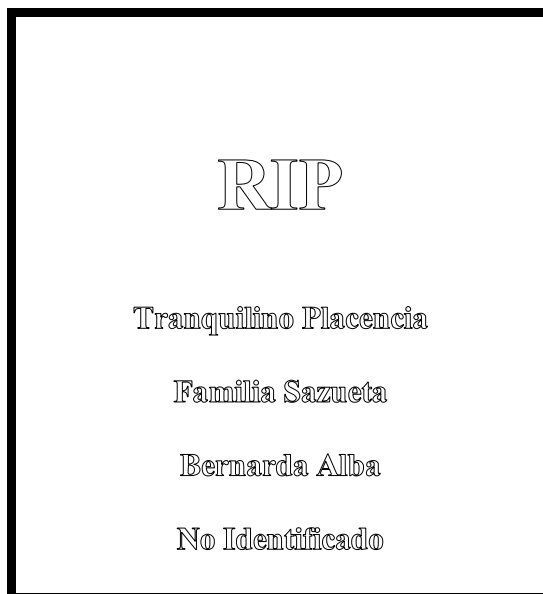
*Hombro con hombro, van BORGES y HLADÍK en dirección de la terraza, que ahora es visible. El espacio ha regresado al castillo de Roemerstadt.*

*HLADÍK.*— Me ayudarás con mi obra inconclusa.

*BORGES.*— Juntos la escribiremos, perdón, la idearemos, y algún día de estos, con un nuevo *milagro secreto*, haremos que alguien la escriba.

*BORGES abre el balcón con un gran ademán. Entra una brisa deliciosa. El reloj da las siete de la última tarde del siglo XX.*

**FIN. (¿o principio?)**



James Brown

Jorge Luis Borges

*De falsos epitafios y otras muertes*

*Cuentos*

<i>El ocioso y la muerte</i>	<i>p.</i>
<i>Una canita al aire</i>	<i>p.</i>
<i>Para todo hay mañas, menos para la muerte</i>	<i>p.</i>
<i>Memorias dulces, amargos despertares</i>	<i>p.</i>
<i>La green card ahora es rosa</i>	<i>p.</i>
<i>Los enemigos... La muerte borgeana</i>	<i>p.</i>